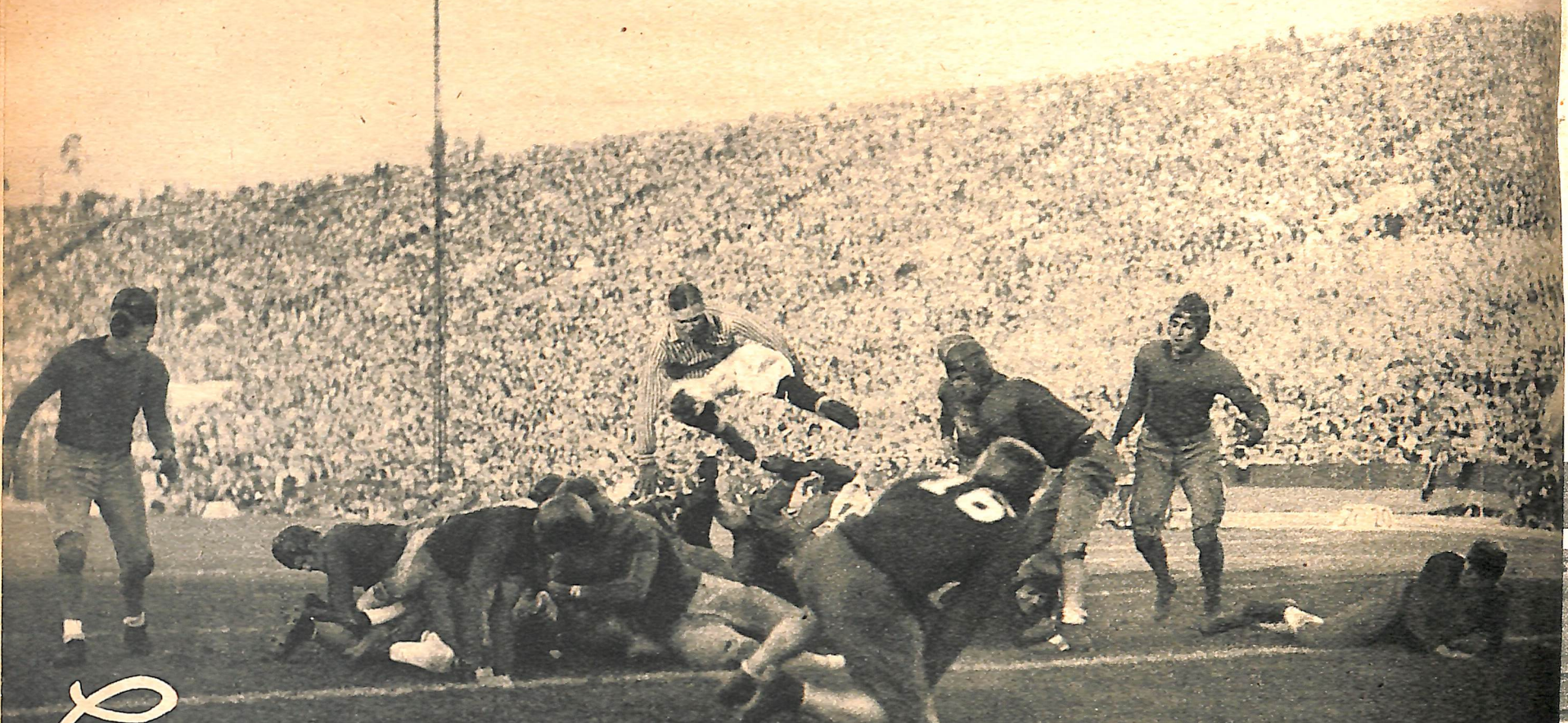


Este, el deporte embrutecedor,
aunque millares de personas go-
cen morbosamente del espectáculo



El deporte con moderación,
tonifica y alegre, y a dosis
grandes, embrutece.

HACE bastantes años, en el artículo de un compañero, que reflejaba la opinión de Marañón, éste escribió una frase para cierta publicación deportiva, que yo no he olvidado. Era ésta: «El deporte, como el vino, usado con moderación, alegre y tonifica, y a dosis grandes, embrutece.»

Es probable que los españoles todavía no estemos en el embrutecimiento; pero que los excesos deportivos han llegado a la borrachera, nos parece indudable. Y de aquí al alcoholismo deportivo apenas si hay espacio.

Se hace sentir la falta de un organismo oficial—cuando puede que sobren tantos—capacitado para ejercer un control médico físico que salve muchos economías como se malgastan por una estúpida manía de records o de exhibicionismos. No son suficientes las instituciones actuales, puesto que, escapando a ellas las juventudes impulsivas, asistimos al libertinaje de los desafueros, que a título de prácticas deportivas practican arbitrariamente todos los muchachos.

Partiendo del principio de que el deporte es sencillamente una fórmula para gastar el remanente de las energías que los individuos pueden acumular, como cuestión básica habría que señalar quiénes, dónde y cómo pueden consumirse tales «sobrantes». El hecho de que haya países donde se admita que cada cual puede hacer lo que mejor le plazca, no es obstáculo para dejar sentado que en el nuestro ése sería el peor criterio. Porque también hay otras naciones donde la educación física está severamente controlada por el Estado, y éstos son, precisamente, aquellos donde el desarrollo cultural (no ya fisiológico) resulta más perfecto.

La ordenación nacional de un sistema de educación física, dirigido, impuesto, hecho a la medida de las conveniencias raciales, es una

labor que se impone enérgicamente, como punto de partida para trazar los senderos por donde luego podrán caminar los que puedan y quieran hacer deporte. Sin atentados orgánicos, que son verdaderos crímenes, y sin propagandas deportivas pasionales, que son la más morbosa de las fiebres actuales.

Todavía más lejos, con una diferenciación honda y perfectamente trazada: la distancia entre el deporte femenino y el masculino.

Es decir: que primero, educación física, sinónima de capacitación; después, deporte, consecuencia de la posibilidad de gastar en una práctica grata la energía potencial no precisa para otras actividades.

En el tablero humano, y como el contraste de uno a otro sexo, licitud para ciertos deportes masculinos, incompatibles con los femeninos; y no digamos que los de ellas sean imposibles para ellos; conformémonos con afirmar que resultarían inadecuados. Esto, a pesar de la actual moda andrógina, que pretende subvertir en algún momento la finalidad fisiológica de los sexos, como si cada órgano no tuviera el suyo, y la masculinización de las Evas modernistas no fuera un peligro para el porvenir de tantas muchachitas. Con una advertencia previa, anticipándome a los que creyeran que fuera capaz de defender un romanticismo trasnochado: el desarrollo, la robustez de las madres futuras, es tan importante como el de los padres, con la diferencia de que ellas, equivocando el rumbo deportivo por un afán de superación de todo lo masculino, pueden frustrar las posibilidades generadoras, y éste es el peor mal, porque resulta irreparable.

Hay, tras la educación física que autoriza los esfuerzos deportivos, los juegos propios de uno y otro sexos; los que sólo deberían ser autorizados a los varones; y los mixtos. Con apartamiento absoluto de los industrializados, que vienen a ser como la hipertrofia deportiva.

Esta intervención oficial obligada parece tanto más exigible cuanto que aumentan de jornada en otra, los cultivadores de un balompié y además de escuela de ociosas costumbres.

Sin persecución, antes bien con aconsejamiento que irían desde la escuela hasta los clubs titulados deportivos, podría trazarse una orientación clara para la educación física de los españoles, labor a la que seguiría esa obra de extraordinario esfuerzo dedicada a atraer a las juventudes hacia el deporte normal y apropiado, circunscrito a las organizaciones escolares, universitarias, del Ejército o los centros industriales. Sólo los tipos destacados de estos sectores podrían ser profesionales, y no porque nadie se lo prohibiera ando—en uno y otro sexo—representando el atleta tipo mediano equilibrado y la derrota de los ases, que sería otro triunfo para la concepción de un pueblo normal en todos los aspectos: hasta ven el de no parir seres teratológicos.

En la misión sacerdotal, a los médicos les incumbe la parte más difícil, como estimuladores de una fe que hay que despertar frente a la realidad de unos hechos aceptados como inmutables, pero que pueden ser cambiados de rumbo. No se puede tolerar la práctica deportiva,

caprichosa; ni la del ejercicio grato, aunque sea deformante, porque la moda ridícula lo aconseja; ni menos aún la torsión de las juveniles aficiones hacia esos esforzados movimientos que producen en algún caso excepcional la consagración del individuo, aunque en la mayoría desencadenen el temporal que producirá la ruina fisiológica. Son inaceptables de todo punto esas escuelas de boxeo, donde mozalbetes de trece a quince años sufren la fractura de los huesos propios de la nariz (facies famélicas muchas veces) a las pocas lecciones (!!), con la esperanza remota de llegar a ganar en un tablado unos miles de pesetas.

Porque para llegar a esa *celebridad* es preciso, según se advierte en el mundo, que la trágica muerte de un hombre, tundido a puñetazos en combate desigual e implacable (caso bien reciente), deje insensible a todo un gran pueblo. Y celebridades a tal precio, ni las necesitamos ni las queremos; nos basta que el nuestro, sin ser tan gran pueblo, conserve intacta, a flor de piel, su generosa sensibilidad.

Lo demás, la puesta en marcha de una serena y racional política de desenvolvimiento físico educativo, vendrá como ha llegado la de la intensificación cultural, con la que por fuerza tendrá que fraternizar, en un desarrollo moderno cada vez más obligado.

A MARTIN FERNANDEZ



El alegre juego de las lanzadoras de la jabalina que es como la bella estampa de un friso helénico.